

Escudriñando espejos: Diagnóstico de violencia de género en Cerso Maragoto. Una experiencia comunitaria

Por:

Daymí Rodríguez López

Zulema Hidalgo Gómez

Olga Morales Pacheco

Cerso Maragoto, en Pinar del Río, fue el escenario comunitario donde, a través de técnicas participativas, llevamos a cabo un diagnóstico sobre violencia de género. Sensibilizar a personas de la comunidad con la problemática y desnaturalizarla orientó los diferentes momentos del diagnóstico, en los que, el protagonismo activo y la participación a través de técnicas proyectivas facilitaron los resultados finales. Tal y como se afirma en la literatura sobre violencia de género, esta problemática continúa solapada en el mundo privado, siendo difícil acceder a la misma. Entre las mujeres y hombres de nuestro grupo de trabajo, se reconocen varias formas de violencia, en tanto son reconocidas y descritas diversas manifestaciones comportamentales de la misma. Sin embargo, no se les llama por su nombre y se tiende a minimizar y devaluar la situación.

Para el vecindario de la comunidad Cerso Maragoto, la forma de violencia que prevalece, a partir de la vivencia de su membrecía, es la familiar, denominada acá como “violencia doméstica”. La violencia de género queda atrapada en ella, sin embargo entre las mujeres es muy evidente su existencia.

El contenido de la mayoría de las representaciones realizadas en las sesiones de trabajo expresaba violencia de género, relacionada con su inferioridad respecto al hombre, con la sobrecarga de roles, con la doble jornada laboral, con su invisibilización como figura de poder, con ser objeto sexual y sensual y con la maternidad consagrada. Mujer igual a madre, esposa obediente, educadora, sacrificada, cuidadora y ama de casa fueron de los estereotipos más evidentes.

En este sentido, la etapa generacional a la que se pertenece ofrece matices a los resultados:

Las mujeres adultas mayores identifican básicamente como violencia la psicológica y la física que tiene lugar en las relaciones interpersonales, y que, en ocasiones, es producto de situaciones como el alcoholismo. Implícitamente, en ellas prevalece un mito sobre la violencia: “El consumo de alcohol es la causa de la violencia”.

Otros mitos sobre la violencia presente son: “Muchas mujeres se lo buscan”, “entre mujeres y hombres siempre existe violencia”. Como conocimientos distorsionados, estos mitos contribuyen a identificar y a asumir, de manera errónea, la problemática. También regulan los comportamientos en función de ello obstaculizando la visibilización y desnaturalización de la violencia de género.

Por su parte, para las féminas adultas, la violencia es aquella que es resultado de la doble jornada laboral y de la invisibilización de ellas como seres humanos, “como

mujeres inteligentes”. Para estas, las consecuencias nocivas de la violencia -psicológica fundamentalmente-, van desde el estrés, la depresión, la falta de motivación hasta la “*desesperación*”.

Existe un tercer grupo de mujeres, el que pone a colación la violencia sexual y la psicológica. Posiblemente esta generación tiene menos prejuicios para hablar de la sexualidad. En este grupo deseamos destacar la impronta de las conquistas de los movimientos feministas a favor de las mujeres. Ellas aún son víctimas de un legado patriarcal, en cambio, se escuchan sus voces y se revelan ante ello. Fue el único grupo generacional en el que se observó una actitud crítica y de enfrentamiento ante esta problemática.

Posiblemente estos resultados estén mediados por la presencia de estereotipos más sólidos y difíciles de desestructurar en la adultez mayor, atravesados por una historia patriarcal que suele ganar matices de rigidez en los medios rurales y en los sectores más desprovistos de educación. Por su parte, si bien las nuevas generaciones interactúan con toda una gama de prejuicios y estereotipos de género, también lo hacen con nuevos principios de mayor justeza y equidad. Las nuevas generaciones se preparan para asumir posturas críticas y reflexivas; deben ser las protagonistas principales de los cambios deseados. Por último, tenemos una generación intermedia que lleva sobre su hombro el cuidado de las nuevas y las viejas generaciones, el rol proveedor del hogar y que es activa en el mundo público. Es un grupo etario que vivencia con costos emocionales esta realidad: la doble jornada laboral proporciona cansancio, agobio, hastío. Para los hombres, los géneros continúan siendo asumidos desde cánones rígidos y patriarcales. Mujer fiel, sensual, educadora, obediente y amorosa, y hombre respetado, viril, proveedor y poseedor de una mujer muy fiel, de lo contrario su autoestima como macho, varón, masculino puede ser profundamente dañada: “*La violencia más profunda es aquella que se da cuando una mujer traiciona a su pareja. Eso sí es violencia*”. De manera general, en la comunidad, no existen maneras adecuadas de enfrentar la violencia de género. En el grupo, fueron evidentes estilos inadecuados de resolver estos conflictos. Aunque se reconoce la necesidad de diálogo, de negociaciones y de ayuda especializada, no se asumen como soluciones reales. Estas personas tienden a reaccionar de manera violenta, hacen honor al mito popular: “*Violencia genera violencia*”.

Los espacios grupales para la labor comunitaria meritan especial importancia. Desde los propios recursos de la comunidad, sus propios códigos, valores y costumbres se releen situaciones, intercambian puntos de vistas e identifican potencialidades para su enfrentamiento crítico. Es un espacio para demostrar que con unidad se pueden alcanzar quimeras y utopías.

La violencia de género necesita ser derribada, para ello es necesario lograr la sensibilización con el tema e implicar no sólo a los profesionales que la investigan o contribuyen a su orientación y solución, sino además, a quien, inmerso (a) en la cotidianidad, ni siquiera se percata de que es víctima de ella. Escudriñar la violencia de género en las historias personales, en el amigo o amiga, en el vecino y vecina más cercana, en los medios de comunicación; mirarse en espejos, por dentro, constituye una demanda, una ayuda, un regalo para lograr calidad de vida, para andar.

Referencias:

Lic. Zulema Hidalgo Gómez. Coordinadora del Programa de Género y Violencia